

CIRCUNSTANCIA Y ESTÉTICA

ANDONI ESPARZA LEIBAR

1. UNA ESTÉTICA PODEROSA

Hay algunos recuerdos que parecen quedar fosilizados. Como un insecto atrapado en ámbar, se mantienen inmunes al paso del tiempo. Así, en algún lugar de la memoria, conservo una música asociada a su imagen. Se trata de *Pompa y Circunstancia*, de Elgar. Suena magnífica en un reportaje histórico sobre la Batalla de Inglaterra, mientras muestran la fotografía de un piloto de la RAF junto a su *Spitfire*. Parece cansado, pero con determinación de resistir. Eran aquellos meses terribles en que estuvieron a punto de sucumbir frente a la *Luftwaffe*, lo que hubiera permitido la invasión de la isla por los nazis.

Las épocas de crisis son propicias para que surja una estética poderosa, precisamente porque integra las sensaciones que muchas personas buscan. Hoy, la imprescindible lucha mundial contra el cambio climático, la pobreza y para extender las democracias, configura también unas circunstancias muy peculiares.

Desde este punto de vista, como una aportación humilde, pero que puede ser provechosa, la Heráldica ofrece algunos aspectos de interés.

Porque cuando el medio es sumamente cambiante –como ahora sucede– se valoran más esos símbolos que suponen un factor de permanencia y establecen vínculos con la herencia cultural.

En el pasado fue conocida como la *Ciencia Heroica*, porque trataba de mantener vivo –a través de los blasones– el recuerdo de las hazañas y logros, tanto de los antepasados, como de las personas que formaron parte de las entidades que empleaban emblemas heráldicos. Ese afán de realizar actos notables, beneficiosos para la comunidad y que puedan ser recordados con orgullo por las generaciones futuras, resulta algo digno de ser conservado. Eso sí, controlado en todo momento desde la más estricta racionalidad y respetando los valores de una sociedad democrática.

Actualmente, instituciones públicas de todo el mundo utilizan esta simbología y, en algunos casos, su desarrollo reciente resulta muy vigoroso. Es lo

que sucede, por ejemplo y en países de los cinco continentes, en el ámbito municipal.

La heráldica familiar, en cambio, no ha salido aún de la crisis que le afecta desde los tiempos de la Revolución Francesa. Dos son, fundamentalmente, las causas del descrédito que sufre.

La primera y más antigua es que, durante centurias, fue utilizada para distinguir a la nobleza. Con una finalidad elitista y segregadora, constituía una especie de barrera visual. Ello le concitaría la enemistad de los defensores de la libertad.

Más recientemente, cuando se generalizó la costumbre de obtener el presunto escudo familiar consultando una enciclopedia heráldica (por la mera coincidencia del apellido), surgió un motivo adicional de rechazo. Así, a la imputación inicial de vanidad y clasismo, le fue añadida ahora la de falsedad.

Pero estos prejuicios carecen de solidez. Los expertos en la materia subrayan que las armerías familiares, en la época histórica en la que surgieron, no estaban reservadas a la nobleza. Además, posteriormente se generalizó la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Por ello, cualquier persona puede diseñar y utilizar un blasón propio. Los puristas añadirán que la única limitación consiste en no emplear el de otra familia o entidad, tal y como ya dejó escrito el jurista Bártolo de Sassoferrato (1313-1357) en su obra *De insigniis et armis*.

2. ALGUNOS DESARROLLOS

Los símbolos de los linajes constituyen, para la mayoría de los estudiosos de la materia, la rama más interesante de la Heráldica.

Muestran la voluntad de fundar una familia y asegurar su pervivencia. Por ello, si ese deseo es conservado por sus descendientes, las armas continuarán siendo transmitidas de generación en generación.

Es bueno que en la vida de las personas exista un pequeño componente de épica.

Por otra parte, a lo largo de la historia, estos símbolos han sido utilizados con un grado de calidad muy diferente. En consecuencia, trataremos de señalar los rasgos de la mejor heráldica, aunque el saber en qué consiste esto, resulte a veces algo bastante subjetivo.

Releí *El Gatopardo* con el único objeto de comprobar el tratamiento dado por Giuseppe Tomasi de Lampedusa a sus blasones familiares. Había dos motivos que, desde este punto de vista, hacían recomendable la obra. Por una parte, porque trata sobre la vida de la nobleza durante el siglo XIX, examinando además con detenimiento algunos aspectos formales que definían su imagen. Por otra, el hecho de que el propio autor tuviera un título nobiliario antiguo y un escudo de armas sujeto a cierta controversia (se ha discutido si

ese animal rampante es un leopardo, un gato, o simplemente un felino simbólico que no tendría por qué corresponder a una especie determinada) parece que lo hacían especialmente recomendable.

No obstante, sentí cierta decepción. Varias veces alude a las armas de su familia, pero sin explorar el origen e historia del símbolo, sus formas de utilización en el pasado o las cualidades psicológicas y elementos legendarios que pudieran haberle sido atribuidos.

Es lo habitual. La nobleza suele conservar sus blasones, pero sin tener generalmente un interés más específico y, por lo tanto, tampoco conoce mucho sobre ellos.

A continuación repasaremos, sin ánimo exhaustivo, algunos puntos que pueden resultar relevantes. Se verá primero la heráldica de las familias que es, también a mi juicio, la que más posibilidades e interés presenta. Tras ella viene la pública, dedicándose un poco más de atención a dos ámbitos muy peculiares: la heráldica colonial y la de inspiración soviética. Hay, finalmente, un apartado que se destina a aspectos relacionados con la historia familiar y la creación de escudos de armas en la actualidad.

2.1. HERÁLDICA FAMILIAR

La heráldica familiar o gentilicia se origina cuando los emblemas adoptados por una persona continúan siendo utilizados por sus descendientes. De esta forma, es probable que se transmitan durante generaciones. El término *gentilicia* hace referencia a la palabra latina *gens*, empleada para designar al linaje.

Examinaremos a continuación algunos ejemplares. Los dos primeros proceden del libro *Sellos medievales de Navarra*. Se trata de una obra muy interesante, escrita por Faustino Menéndez Pidal de Navascués, Mikel Ramos Aguirre y Esperanza Ochoa de Olza Eguiraun y que fue publicada por el Gobierno de Navarra el año 1995. Contiene fotografías de más de tres mil imponentes con motivos heráldicos, realizadas en la Edad Media. La inmensa mayoría de ellas corresponden a símbolos personales o familiares.

Para los dos casos citados reproduzco, además de la ilustración, los datos que proporciona el libro sobre los respectivos titulares de los blasones.

Se trata del sello de Ali Hamet Alhudali, musulmán de la ciudad de Tudela que estaba al servicio del rey de Navarra como maestro armero.

Precisamente el símbolo muestra una ballesta, con una estrella a cada lado. Figura en documentación del periodo 1370-1371.

Conocido como Bonafós, la leyenda señala: «Moshe bar Shmuel» (Moisés hijo de Samuel). Representa un lis florido. Se trata de un símbolo bastante habitual en la época y que hoy en día sigue representando, por ejemplo, a la ciudad de Florencia.



Figura 1. Sello de un musulmán de Navarra (siglo XIV).



Figura 2. Símbolo de un juglar judío (año 1365).

Los escasos emblemas medievales que se conservan en España, de personas pertenecientes a ambos grupos religiosos, permiten comprobar que utilizaban el mismo tipo de elementos formales y diseños que los cristianos, con la salvedad de las cruces.

Estas dos ilustraciones ayudan también a desmentir alguno de los tópicos más difundidos sobre la heráldica.

Además de que –como ya se ha indicado– cuando surgió no estaba vinculada a la nobleza, podemos comprobar que incluso las minorías religiosas la utilizaban. Por otra parte, no estaba entonces dotada de una carga ideológica. Era una simple moda, que recreaba aspectos estéticos.

Tanto en el caso de los judíos como de los musulmanes, hubiera sido muy interesante que en sus respectivas comunidades continuaran utilizando la simbología heráldica. Pero, por desgracia, esto no sucedió. Es de suponer que cuando el uso de los blasones fue restringido a la nobleza, dejaron de emplearlos. Por ello, al ser expulsadas de España, no conservarían ya esa tradición.

Es desde el siglo XV cuando en los distintos estados europeos comienza a prohibirse el empleo de blasones a las personas que no fuesen nobles. No obstante parece que estas normas eran frecuentemente infringidas, ya que durante las centurias siguientes se suceden las disposiciones restrictivas de este tipo.



Figura 3. Dibujo del escudo de armas de Johann Tschertte, realizado por Durero.

Este magnífico grabado de Albrecht Dürer, que data aproximadamente del año 1521, reproduce las armas de Johann Tschertte, que formaba parte de un grupo de amigos del artista, dedicados al estudio de disciplinas como la arquitectura, la astronomía o la geometría. Puede observarse que la figura que toca la trompeta se repite también en la cimera.

El lema *Soli Deo gloria* (La gloria es solo para Dios), fue una de las consignas de la Reforma Protestante, iniciada poco antes, cuando en 1517 Martín Lutero clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis.

También ha sido, con posterioridad, frecuentemente utilizado en el ámbito católico. Parece que, siguiendo su tenor literal, debería ser empleado sobre todo por monjes de clausura o eremitas. No obstante, por paradójico que parezca, es muy común en la feria de vanidades que frecuentemente constituye la heráldica.

Ignoro más datos sobre el dibujo de Durero. Pero la figura que difunde un mensaje, las parras cargadas de fruto (frecuentemente citadas, por ejemplo, en la Biblia), parecen aludir a un significado preciso.

En esta época y abandonando la simplicidad de los escudos medievales, la heráldica familiar pasa a ser más compleja. Los blasones son cuartelados, para exhibir las armas procedentes de los distintos antepasados. Los hay así de dos particiones (padres), cuatro (abuelos) e incluso más, para incluir a



Figura 4. Armas de Montesquieu.

bisabuelos o tatarabuelos. De esta forma el conjunto, que tal vez gane en suntuosidad, se resiente generalmente desde un punto de vista simbólico.

Además, pronto se diseñan armas cuarteladas de nueva creación. Ya a principios del siglo XVI, los monarcas españoles conceden a los conquistadores de América escudos de ese tipo, con el objeto fundamentalmente de poder mostrar en cada una de las divisiones, las diversas hazañas y logros atribuidas a sus titulares.

De todas formas, la utilización de diseños más o menos complejos dependía, claro está, de las preferencias del usuario.

Pero quienes se interesan por esta materia, mantienen generalmente que la calidad de un símbolo, su poder evocador, están directamente relacionados con la sencillez.

Charles Louis de Secondat, más conocido como Monstequieu, desempeñó la presidencia del Parlamento de Burdeos. Destacado jurista, en 1748 fue publicada su obra *El Espíritu de las leyes*, que propugnaba la separación de poderes e influiría poderosamente en la concepción de la estructura del Estado democrático.

En cuando al blasón, se trata de un diseño bastante sobrio para la época. El bonete colocado sobre la corona de marqués, alude a su cargo.



Figura 5. Exlibris de George Washington (1732-1799), primer presidente de los Estados Unidos de América.

El liberalismo, al buscar la igualdad de los ciudadanos ante la ley, provocará una reacción contra las armerías familiares que constituían, ya desde hace siglos, una de las muestras más visibles de la separación entre nobles y plebeyos.

Mientras tanto, si bien a pequeña escala, habían trascendido ya del ámbito europeo.

George Washington fue nombrado el año 1789 presidente de los Estados Unidos de América. La forma del escudo es la propia del arte rococó, que estuvo de moda durante las últimas décadas del siglo XVIII. Pero define más el carácter del personaje el ambicioso lema en latín, *Exitus acta probat*, que pudo además llevar a la práctica.

A partir del triunfo de las ideas liberales, la heráldica familiar pervivió fundamentalmente en el seno de reducidos grupos de la nobleza, que seguían aferrados a sus recuerdos de glorias pasadas.

Pero el siglo XX asistirá a una aparente revolución. Al ser publicadas enciclopedias heráldicas que tuvieron bastante éxito editorial, se produjo una gran expansión (meramente cuantitativa) de los blasones. Numerosas personas los copiaron, por la mera coincidencia del apellido, sin realizar árbol genealógico alguno que acreditara la descendencia de quienes en su día los habían utilizado. Además y casi siempre, han dado lugar a modalidades de uso que indican un bajo o casi nulo conocimiento de la disciplina y no presentan aspectos innovadores, ni en el diseño de los escudos y ornamentos exteriores, ni en la forma de empleo. Por lo general se ha tratado, simplemente, de encargar un par de cuadrillos para decorar el interior de la vivienda.

2.2. LA HERÁLDICA PÚBLICA

Solo esbozaré algunas líneas muy generales de este conjunto tan amplio.

Destaca en primer lugar la estatal. Por lo que respecta a la europea está originada, en gran medida, a partir de los blasones de las antiguas dinastías de cada territorio. Se trata por lo tanto de símbolos originalmente familiares que, debido a su constante utilización a través de los siglos, pasaron a ser percibidos como propios del país.

La independencia de las colonias americanas de la corona española, que se produce mayoritariamente a principios del siglo XIX, muestra una clara inflexión en el tratamiento de la heráldica pública. En parte, debido a que la misma pasa a ser diseñada por personas que no son expertas en la materia. De esta forma, surgen escudos que en la mayoría de las ocasiones se ajustan solo parcialmente a sus características. Este proceso de alejamiento progresivo de los cánones ha seguido hasta hoy en día, en que es posible encontrar

muchos símbolos estatales que, por la razón expuesta, no resulta fácil clasificarlos o no como heráldicos.

De la misma forma, los movimientos políticos originados durante el XIX o principios del XX, cuando utilizan una emblemática relacionada con nuestra disciplina, generalmente es de baja calidad. Esto no sucede tan solo con los grupos democráticos y de izquierda. Posteriormente los fascismos tampoco mostrarán un especial interés por la heráldica.

Lo dicho anteriormente respecto a la simbología de los estados, puede aplicarse en gran medida a la regional.

Respecto a la municipal, en Europa hay ejemplares que datan de la Edad Media, época en que eran fundamentalmente las ciudades y localidades de cierta entidad las que utilizaban blasones. Pero sobre todo desde mediados del siglo XIX y debido a factores heterogéneos -como, por ejemplo, la difusión de las ideas románticas o el empleo de sellos de goma y papel con membrete en las oficinas- gran parte de los municipios que no tenían blasones propios, fueron adoptándolos. Es un proceso que se ha dado en la mayoría de los países de Europa, pero también en muchos de América y, en menor medida, en otras naciones.

Aunque cada estado tenga sus propias normas, la imitación, ha hecho que -sin detenerse en las fronteras- se haya difundido esta tendencia a dotarse de símbolos propios. De esta forma, la municipal constituye en la actualidad la rama más vigorosa de la heráldica pública.

2.3. EL REFLUJO DEL IMPERIO

A lo largo del siglo XX las aventuras imperiales fueron desterradas, poco a poco, de la práctica política. Bajo excusas como la evangelización o el extender la sociedad civilizada, habían ocasionado antes inmensos sufrimientos a las poblaciones sojuzgadas.

Pero además de los motivos básicos, de carácter económico y militar, hubo también posteriormente en el colonialismo una cierto componente estético: la atracción por lo exótico, por hacer suyos culturas y paisajes desconocidos (hoy los turistas actúan de forma un tanto similar, realizando incursiones pacíficas en territorios que les resultan interesantes).

Tratando de exaltar el desarrollo del imperio, dieron lugar a veces a una estética (más o menos hibridada con la de los países sometidos) que quería ser expansiva y poderosa. En diversos estados europeos que tuvieron colonias, pueden rastrearse abundantes muestras. Veremos aquí una, que es de carácter específicamente heráldico.

La piedra armera de la fotografía adorna la fachada del *Banco Emissor No Ultramar*, en el casco antiguo de Lisboa. Era la entidad responsable de acuñar



Figura 6. Escudo de Portugal y sus colonias.

moneda para esos territorios. Se trata concretamente de un adorno procedente de la época del *Estado Novo*, la dictadura que rigió Portugal ente 1933 y 1974.

Forma un símbolo complejo y en el que están combinadas también la realidad con la leyenda, como resulta bastante habitual en la heráldica moldeada por los patriotismos.

En el centro figuran las armas de Portugal. En su escudo, las cinco quinas simbolizarían a otros tantos monarcas musulmanes derrotados por el rey Alfonso Henriques. Cada uno de los escusones tiene cinco bezantes, que representan las llagas de Cristo.

Los siete castillos de la bordura, según la tradición se referirían a victorias militares. Pero en realidad fueron introducidos en sus armas por Alfonso III, que tenía a reyes de Castilla entre sus antepasados.

Tras el escudo, la esfera armilar, un instrumento de navegación que recuerda la impresionante epopeya marina de los portugueses.

A sus lados hay una rama de roble y otra de laurel, elementos utilizados también por otros países de Europa. Proceden de la tradición grecolatina y representan respectivamente la fortaleza y la gloria.

Alrededor del símbolo de Portugal se han dispuesto los escudos de las colonias. Este sistema heráldico fue creado en 1935. Por ello no comprende a Brasil, que alcanzó la independencia mucho antes.

Como se observará, cada uno de ellos consta de tres cuarteles y en todos los casos se repiten dos: las quinas de Portugal, por la metrópoli y las ondas de agua, en alusión a que se trata de territorios situados más allá de océano. El segundo cuartel es específico.

Comenzando por arriba a la derecha y siguiendo el sentido de las agujas del reloj, los siete escudos representan a las siguientes colonias, que fueron denominadas posteriormente *provincias ultramarinas*: Macao (que tiene un dragón tradicional chino como símbolo propio), Cabo Verde (nave), Guinea portuguesa (cabeza sobre un cetro), Mozambique (haz de flechas), India portuguesa (rueda de acequia y torre), Santo Tomé y Príncipe (rueda de ingenio azucarero) y Timor (cruz ancorada). Como era el Banco de Angola quien se ocupaba de la emisión de la moneda de ese territorio, no fue esculpido su escudo (en cuyo segundo cuartel figuraban un elefante y una cebra).

Puede deducirse fácilmente que se trata de un sistema en el que no participaron los territorios afectados y que fue diseñado en la metrópoli, de acuerdo a una lógica uniforme.

En mi familia tuvimos noticia de los estertores del imperio, a finales de los años sesenta. Entonces la guerra de Angola estaba en un momento álgido y prohibieron sacar de Portugal perros pastor alemán, ya que los reservaban para utilizarlos contra la guerrilla. A uno de mis tíos le regalaron un precioso cachorro negro, que sería posteriormente llamado *Baltz* (que es como se llama ese color en el dialecto de la lengua vasca hablado en Vizcaya). El perrito, que tenía poco más de una semana de vida, comenzó a ladrar justamente en la aduana, por lo que tuvo que estar dando acelerones al automóvil, para que no se le oyera.

Por otra parte, antes y después de esa época, cientos de miles de portugueses tuvieron que emigrar a los países ricos de Europa. Muchos de ellos eran objeto de explotación por los contrabandistas que les guiaban para cruzar la frontera hispano-francesa. Algunos murieron ahogados, cuando intentaban atravesar el río Bidasoa, o fueron abandonados en los montes cercanos. Es una historia de pobreza y sufrimiento que ha investigado recientemente la historiadora Rosa Arburua.

Mientras tanto proseguían los conflictos coloniales. Años después he visto abundantes tumbas de jóvenes soldados en los pueblos y aldeas portuguesas. Pero como suele suceder en estos casos, el horror vivido por la población indígena, sería aún mucho mayor.

Resulta fácil de comprender que esa heráldica imperial portuguesa, fuera rápidamente suprimida por los nuevos países independientes.

Por el contrario, gran parte de la heráldica municipal española en América se mantuvo. Pero intervenían factores muy diferentes. Allí una amplia proporción de sus habitantes tenían antepasados originarios de la península ibérica. Además, un escudo municipal suele identificarse antes con la propia localidad que con la metrópoli, aunque haya sido concedido por ella. Conforme pasan las generaciones, ese sentimiento de pertenencia se afirma cada vez más.

Cuando las relaciones se desarrollan con libertad, de igual a igual, entonces es fácil que se respeten las aportaciones realizadas por otras culturas. De haberse dado esas condiciones, resulta probable que parte de un sistema simbólico de influencia portuguesa hubiera podido perdurar.

Desde las últimas décadas del siglo XX se han establecido en Europa millones de emigrantes procedentes de los países pobres del mundo. Sucede además que tienen una mayor tendencia a radicarse en sus antiguas y respectivas metrópolis, entre otros factores, porque están más familiarizados con el idioma.

De esta forma, se está produciendo una especie de reflujó. Ahora es como si estuvieran, aquí mismo, parte de los antiguos imperios coloniales. Llegó la hora de conocer lo mejor de cada civilización y también de acomodar todas ellas a las grandes transformaciones sociales y tecnológicas, así como a los valores de la sociedad democrática.

2.4. LA SIMBOLOGÍA SOVIÉTICA

Otro ámbito emblemático influido en cierta medida por nuestra disciplina, es el que deriva de la Revolución Rusa de 1917.

Resulta curioso porque, basándose el comunismo en una tendencia radicalmente igualitaria, tuvo menos inconvenientes que la Revolución Francesa para utilizar elementos provenientes de la heráldica.

Desde un punto de vista del rigor formal recuerda, en alguna medida, a los escudos adoptados por las nuevas naciones americanas a principios del siglo XIX. Se trata en ambos casos de una simbología que tiene en cuenta algo del legado heráldico presente en sus respectivos entornos culturales, pero que es diseñada por personas que no lo conocen bien y que tampoco están muy interesadas en el mismo. Por ello en ocasiones encontraremos algunos productos que se ajustan estrictamente a la técnica del blasón, aunque la mayoría de las veces los resultados no sean muy afortunados desde este punto de vista.

Esta representación, tanto por motivos históricos como formales, resulta muy poco frecuente. Trotski fue comisario de Guerra en el periodo 1918-1925, en el que organizó el Ejército Rojo y derrotó, tanto a los generales blancos,



Figura 7. Trotski, a modo de San Jorge, atacando al dragón contrarrevolucionario.

como a los movimientos armados de otras tendencias (socialistas, anarquistas, nacionalistas ucranianos, etc.). Seguramente el cartel corresponderá a ese periodo. Caído en desgracia, en 1927 fue expulsado del partido y asesinado en Méjico en 1940.

El símbolo matriz del comunismo sí que encaja bien (supongo que por pura casualidad) en la tradición heráldica: en campo de gules una hoz y un martillo de oro, colocados en aspa. De forma escueta combina el color que representa al socialismo y, sobre él, una alusión a la alianza entre obreros y campesinos.

En cambio, los emblemas posteriores de los estados del bloque del este (repúblicas soviéticas, municipios, organismos administrativos, etc.), al tener

que ser ordinariamente más complejos, fueron casi siempre alejándose de los cánones de la disciplina.

Tras la caída de la Unión Soviética, su simbología entró también en un proceso de declive. La hoz y el martillo han sido suprimidos por los estados pertenecientes a su antiguo bloque. En Europa, ahora mismo, creo que tan solo Transnistria lo conserva. Se trata de un territorio teóricamente independiente desde que se separó de Moldavia, pero que carece de reconocimiento internacional. Está tutelado por el ejército ruso.

Otros elementos han corrido con mejor suerte. Es el caso del sol, las referencias geográficas o las coronas de cereales u otros productos (alusivas a la riqueza de la producción agrícola). Los muestran, en mayor o menor medida, los emblemas de países como Bielorrusia, Kirguistán o Uzbekistán.

Donde se mantienen las dictaduras de inspiración soviética, como en la República Popular China (que, pese a conservar las formas, constituye uno de los capitalismos más potentes del planeta), esa simbología se mantiene.

Aunque en menor medida, lo mismo sucede en África. De hecho, algunas de las antiguas colonias portuguesas tienen hoy emblemas estatales influidos por ese modelo. Es previsible que, en el futuro, haya intentos por sustituirlos o acomodarlos a las tradiciones estéticas de cada país.

2.5. HISTORIA Y CULTURA FAMILIAR

Sostuvo Tomassi de Lampedusa (en su obra *Recuerdos de Infancia*) que el Estado debería obligar a todos los ciudadanos a escribir su autobiografía. Creía que, al cabo de tres o cuatro generaciones, se habría recolectado un enorme caudal de información y podríamos disponer así de un material precioso.

Ciertamente, todo aquel que sea capaz de observar con detenimiento los hechos que le han tocado vivir, así como la realidad que le rodea y sepa además transmitir sus elementos más relevantes, ofrecerá una información digna de ser conocida.

En este sentido, una de las ventajas que ofrece la familia es que, normalmente, podemos conocer a sus miembros mucho mejor que al resto de la gente. Así, resulta más fácil acceder a su psicología o a esos cálculos ocultos que en terceras personas, con frecuencia, ni siquiera se intuyen. Además, los datos transmitidos por vía oral pueden ser ordenados con coherencia y conservarse de forma bastante completa durante una o dos generaciones.

Por ello, el recoger toda esta información de las personas de edad, resulta una tarea que merece ser realizada. Tras su fallecimiento, lo más probable es que quede definitivamente perdida.

El primer paso para la investigación consiste en realizar un árbol genealógico. Conviene que sea lo más exhaustivo posible aunque, frecuentemente y debido a la excesiva amplitud que puede alcanzar, resulta aconsejable establecer algunas limitaciones.

Esta ilustración la reproduce *The Art of Heraldry*, de Arthur Charles Fox-Davies, obra publicada en 1904. Corresponde a la familia Von Ströhl, de Baviera, uno de cuyos miembros fue un conocido heraldista.

Prima la faceta artística sobre la información y parece que prescindió de la descendencia de las ramas anteriores, para llegar hasta las últimas dos generaciones, que se abren en una amplia copa. En el rótulo correspondiente a uno de los nueve hermanos se indica que tuvo un alto rango en el ejército. No hay referencia alguna a la profesión de los restantes. También se marca, con una orgullosa corona, la generación en que la familia fue agraciada con el título de barón.

No señala, en cambio, cuáles son los descendientes de esos hermanos. Es habitual que, especialmente al dibujar árboles genealógicos del género artístico, se realice –de forma más o menos arbitraria– una selección de los datos a incluir, a fin de que no resulten excesivamente abigarrados.

Como fondo de la ilustración figura la ciudad en la que se desarrolla el periplo vital de los miembros de la familia, ese entorno local con cuya historia hay frecuentemente una larga y profunda conexión.

Pero personalmente prefiero los árboles genealógicos con más información y sin dibujos. Permiten ser exhaustivos e incluir una mayor cantidad de datos. Además no se necesita tener ninguna cualidad artística para realizarlos.

Así como el Estado, los municipios o incluso las sociedades mercantiles suelen dotarse de un símbolo, conviene que la familia tenga uno. El más apropiado, sin duda alguna, es un blasón. Si no existe, puede ser adoptado por decisión de sus miembros.

No se trata de un privilegio o de una muestra de clasismo. Cualquiera de los alrededor de 7.000.000.000 de habitantes que debe de haber actualmente en el mundo, tiene la posibilidad de hacerlo. Le basta con utilizar papel y un bolígrafo.

Pero hoy en día esto no resulta nada habitual. En primer lugar nos encontramos con el desconocimiento. Persisten, por otra parte, los motivos de descrédito de la heráldica a los que ya se ha aludido. Además, por causas de diversa índole, la mayoría de la gente no tiene una visión a tan largo plazo (es decir: que implique la consideración de varias generaciones de la familia). Su vida se centra en aspectos mucho más inmediatos.

Hay, además, un pequeño problema adicional. Sucede que, la mayor parte de las escasas personas a las que les apetece tener un símbolo familiar, *desean* que éste sea antiguo. Por ello no tienen excesivos reparos en *escogerlo*



Figura 8. Árbol genealógico alemán del siglo XIX.

de alguna enciclopedia heráldica, aunque en el fondo sepan que, muy probablemente, no acierten.

De todas formas, como desde inicios del siglo XX se han venido utilizando de forma bastante masiva blasones adoptados por esta vía, al final resulta que, en algunos casos, están siendo empleados a través ya de varias generaciones.

Pero incluso en estas *nuevas* armerías, no es común encontrar símbolos que, bien en el escudo o en sus ornamentos exteriores, incluyan algún elemento referido a creaciones relativamente recientes de la técnica (aunque en el pasado se utilizaron bastante, como por ejemplo, los navíos, cañones, ruedas de molino, anclas u otros elementos). Aunque esto (sobre todo en lo relativo específicamente al blasón) resulta comprensible en cierta medida, por esa tendencia a la intemporalidad que tienen los seguidores de nuestra disciplina.

Contra lo que tal vez pueda pensarse, resulta fácil introducir en los adornos exteriores algún elemento contemporáneo, sin que ello suponga merma alguna en el aspecto tradicional del conjunto. Veamos un ejemplo.

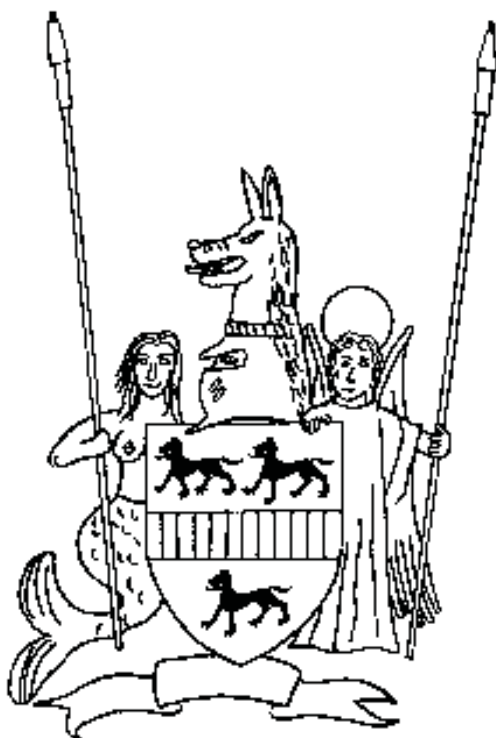


Figura 9. Un símbolo de creación reciente.

El autor del dibujo explica su contenido de la siguiente manera:

Desde un punto de vista puramente estético, podría decirse que el emblema parece bastante antiguo. Además, como lo tenía diseñado ya para el año 1999, puedo afirmar que data nada más y nada menos que del milenio anterior.

Pero midiendo en generaciones, la primera constancia que tengo de la utilización de ese escudo en mi familia es relativamente reciente: se trata de unos gemelos encargados por mi abuelo, posiblemente en el periodo 1933-1936. A partir de esa fecha, hemos empleado los tres lobos de forma asidua. La pregunta es: ¿los utilizaban también sus antepasados o comenzó a usarlos él? Contando con la oposición de algún pariente, me parece que es mucho más probable la segunda opción.

(...)

Lo que personalmente establece una vinculación afectiva con estas armas, es su empleo por la familia durante estas tres generaciones. No lo que hubiera podido suceder antes.

En cuanto a los restantes elementos que adornan al escudo por la parte de fuera, son de mi entera elección. Sobre el casco he puesto una cimera que tiene una cabeza de lobo, en consonancia con el animal totémico.

El tenante situado a la izquierda, muestra una sirena. Representa para mí varias cosas. Se trata por una parte del emblema de un señorío, sobre el que escribí largamente y en cuyo territorio pervive un extenso bosque. Por otra, muestra la belleza femenina, el erotismo. También y por extensión, tanto la naturaleza como el placer.

El de la derecha es un ángel. Alude, desde una perspectiva histórica, al legado ético y estético del cristianismo. Asimismo hace referencia a los ideales, al sentido del deber. Constituye un cierto contraste con la sirena. La búsqueda de un equilibrio entre felicidad y obligación.

Ambas figuras empuñan algo que a primera vista parecen lanzas. No es así. Son minas de bolígrafos, el instrumento que utilizo cotidianamente para la escritura. La tinta, por supuesto, es azul.

Añade también que emplea como lema «Lo que tiene nombre existe», aunque el mismo no está reflejado en el dibujo. Señala al respecto:

Este lema tiene para mí un significado complejo.

Por una parte, recuerda la causalidad. A que todo lo que de alguna forma se manifiesta (incluso por el mero hecho de generar un nombre), indica la existencia de una realidad subyacente.

Por otra parte es un símbolo de ambición intelectual, del intento por llevar a la práctica un proyecto.

Como puede apreciarse –pese a la tendencia filosófica del autor y al peculiar sentido del humor que muestra– el diseño sigue siendo intemporal (salvo en lo de las minas de bolígrafo que, de no indicarlo, hubieran pasado seguramente desapercibidas). Parecen unas armerías sugestivas, aunque el dibujo sea bastante tosco.

Ciertamente, la gente interesada en estas cuestiones es bastante reacia a la innovación.

Alguna vez que me han consultado para diseñar un blasón, he aconsejado, por ejemplo, la utilización de un escudo rectangular. Se vincula más con el racionalismo de nuestro mundo contemporáneo y representa así la época en que vivimos. Además, queda bien integrado en la tradición heráldica: resulta mucho más parecido a un escudo defensivo que, por ejemplo, esos escudos que se prodigaron en la segunda mitad del siglo XVIII, por influjo del arte rococó. Pero he de confesar que mis argumentos suelen tener, generalmente, escaso éxito.

Una última observación. Desde el punto de vista de la buena heráldica, interesa la conservación de las armas puras del linaje, ya que la introducción de brisuras termina por desvirtuarlas (aunque esto, actualmente y teniendo en cuenta el estado de la cuestión, apenas si sucede).

No se trata de supeditar las personas a su familia. La utilización de ornamentos exteriores proporciona un amplio espacio, tanto para la expresión individual, como para reflejar la estética propia de la modernidad. Así pueden armonizarse, en el plano simbólico, la pervivencia familiar con la libertad personal.

Pero lo cierto es que, hoy en día, apenas resulta posible encontrar ejemplos de diseños contemporáneos, que hayan permitido plasmar la creatividad de los artistas.

3. PROYECCIÓN AL FUTURO

La humanidad se halla en un momento crucial, en una situación que jamás había experimentado a lo largo de toda su historia.

Aunque en el pasado y con frecuencia numerosas colectividades se vieron abocadas hacia un panorama que podía suponer su extinción (cosa que, a veces, efectivamente sucedió), nunca antes había estado en peligro el planeta en su conjunto, como ocurre ahora, fundamentalmente a causa del cambio climático. La combinación de la crisis ecológica con la pobreza que padecen gran parte de sus habitantes, la superpoblación, los conflictos bélicos o la proliferación de armas nucleares (además de otros factores), configuran un panorama realmente difícil y desesperanzador. A ello se suma el que muchas naciones estén gobernadas por dictaduras, lo que –además del sufrimiento que puede implicar para su población– suele dificultar la adopción de las reformas precisas y la cooperación con el resto de la comunidad internacional.

La acción consciente de las personas, durante siglos, para lograr mejoras y transformaciones que pretendían ser beneficiosas para la sociedad, ha dejado

un complejo panorama de luces y sombras. Entre otros motivos porque, en cualquier movimiento social ampliamente arraigado y que se prolongue a lo largo del tiempo, se dan todo tipo de conductas típicamente humanas (tanto positivas como negativas), por más que queden aparentemente unificadas ante el espectador, debido a que comparten un sistema simbólico común.

En el pasado los cambios sociales han sido impulsados por ingenierías culturales de todo tipo. Durante la mayor parte de la historia tuvieron un sustrato religioso. Es a finales del siglo XVIII, con la Ilustración, cuando las propuestas de mejoras comienzan a realizarse desde un punto de vista exclusivamente secular.

Ese afán de transformar la realidad, no implica necesariamente que los objetivos propuestos sean buenos. Frecuentemente, se propugna el cambio en relación a determinados aspectos, que la mayoría o una parte significativa de la población consideran negativos. Pero junto con ello se introducen otros nuevos factores que, en conjunto, pueden configurar una situación aún peor que la precedente.

Algunas de las aportaciones de todas estas tendencias, tras ser generalmente aceptadas, han logrado incorporarse al acervo cultural común.

Es lo que sucede, especialmente, con las ideas democráticas. Su proceso de extensión ha sido largo (se inició hace más de dos siglos), difícil (recordemos, por ejemplo, los fascismos) y aún queda mucho por completar (China o la mayor parte de los países islámicos, entre otros, son dictaduras). Pero donde han conseguido implantarse, constituyen normalmente un sistema que cuenta con un sólido arraigo.

Más difícil ha sido la actuación contra la pobreza y las desigualdades sociales: la socialdemocracia aporta un legado que permanece, las dictaduras comunistas un panorama desolador.

Las dificultades son enormes. Abruma también la larga historia de fracasos. Pero, sin que se olvide nada de ello, hay que tener ambición intelectual, retomar los grandes objetivos.

En esta línea, resulta preciso también valorar más la austeridad, el sentido del deber y la ayuda a los demás. Hay que hacerlo con realismo, teniendo en cuenta las limitaciones de las personas y su programación biológica. Además cada vez se percibe con mayor claridad que estamos ante una tarea común, de todos los habitantes del planeta. Deberíamos intentar sustituir los enfrentamientos y colaborar. Es imprescindible para que las generaciones futuras gocen de una vida digna.

Nuestras sociedades son extremadamente complejas. Teniendo eso en cuenta, el gran desafío consiste en determinar las formas más efectivas de hacer frente a esos difíciles retos. Para ello, la historia se nos presenta como un inmenso archivo, que guarda todo tipo de experimentos sociales. Muchos

proporcionan información de interés y ejemplos de respuestas frente al medio que, a veces, han logrado ser muy adaptativas.

Cuando una civilización se siente amenazada, surge el esfuerzo organizador. Suele ser entonces cuando esa pequeña parte de la población donde se aúnan niveles altos de altruismo e inteligencia, trata de generar construcciones culturales que favorezcan un buen desarrollo de la sociedad. Ellos integran la aristocracia real, quienes responden a la etimología del término: los mejores. Es comprensible, asimismo, que sientan una íntima satisfacción por ello. Pero debe ser sin alardes. Si no tienen un nivel ético superior al de la media, eso implica que no forman parte realmente de esa minoría selecta.

También ahora, el momento en que se halla el mundo necesita cierta estética que recree el heroísmo. En pequeñas dosis, claro está, ya que en esta materia el riesgo de intoxicación es grande. La experiencia histórica justifica las prevenciones.

Para impulsar este afán, resulta conveniente hacerlo visible. Es precisa una estética que sirva, en principio, para todas las personas y que permita incorporar elementos de cualquier cultura. Por otra parte, este mundo en continua transformación necesita referentes que transmitan un sentido de permanencia y el recuerdo de las mejores experiencias pasadas.

La heráldica –especialmente la familiar– puede contribuir al reforzamiento de cualidades como el deseo de perdurar, el afán de superación, el sentido del deber o el de realizar acciones de las que los descendientes (u otras personas que forman parte del mismo grupo de referencia) se sientan orgullosos en el futuro. También ayuda a incrementar la autonomía de las personas frente al medio.

Esto no quiere decir que necesariamente vaya a desarrollarse. Tan solo que las circunstancias para hacerlo son favorables. Puede tener mucho futuro. Entre otras razones, porque proporciona una estética adecuada a nuestras circunstancias.